

HACED BIEN PARA VOSOTROS MISMOS.

(Conclusion).

II.

—Conchita, dijo al día siguiente su padre á la infantil enfermera ¿desearias saber del muchacho que ayer auxiliaste?

—¡Ay papá, cuanto celebraría poderle consolar y llevarle algun socorro! Porque, mire usted, ¡me se figura que son tan pobres, tan pobres! Despues que le acostaron, entré á verle con mamá, y en la cama no tenia cobertor ni mas que un jergon que por un descosido de la tela enseñaba la paja.

—Disimulo tu curiosidad en gracia del caritativo deseo que hoy manifiestas, de otra manera seria impertinente y aun culpable. Cuando vayamos á visitarle le entregarás una moneda que yo te daré, como si fuera cosa tuya, ó se la pondrás en sitio donde la vean despues que nos marchemos.

—Mejor seria entregársela á su madre. ¿A ellos que les importa venga el socorro como quiera? Porque de no hacerlo así pueden creer que son otros los que la han dejado.

—Lo sabrá Dios y nosotros, y esto basta. No confundas, hija querida, la caridad con la filantropía, resultado del cálculo y la vanagloria. Además, segun cree tu mamá, la familia de Carlos ha disfrutado mejor posicion, y debe cuidarse mucho no ajar la sensibilidad, noble y digna, de los desgraciados víctimas de la mala suerte.

El consuelo que padre é hija llevaron á la casa desafortunada fué de inmenso valor, porque las atenciones prodigadas á la desventura por los favorecidos de la tierra son de precio inestimable. Sabedlo bien, niños que vivís en la opulencia, una palabra dicha con agrado, un saludo sin vanidad, que nada cuestan, dirigidos á un pobre, honran al que los emplea, y prueban buena educacion y sentimientos elevados, á mas de un proceder cristiano muy agradable al Padre comun de los menesterosos.

Despidióse el papá de Conchita ofreciendo á doña Guadalupe, madre de Carlos, su casa y persona.

—Al escuchar su nombre quedó suspensa la señora.

—¿Ha dicho usted don Antonio Zavala? preguntó ¿habré tenido la dicha de hallar al hermano de don Vicente, en cuya compañía estuvo mi esposo muchos años en Méjico?

—El mismo, señora, respondió el caballero conteniendo un suspiro. Supongo, segun mi cálculo, que tengo la satisfaccion de hablar á la viuda de Vicente Mendía.

—Si, señor. ¡Cuánto he buscado á usted para entregarle un legajo de papeles que me recomendó mi marido en su última enfermedad!

—Nada se ha perdido por ello, señora. Dentro de pocos días á otro y no á mí pertenecerán esos documentos, sean de la clase que quieran.

—Con todo, usted verá, continuó doña Guadalupe, sacando el paquete de una cómoda y poniéndole en manos de don Antonio.

Le tomó éste con indiferencia, pero cuando levantó la punta del primer papel y echó una ojeada vaga á la cubierta no pudo contener su impaciencia, le desató aceleradamente, recorrió con la vista el cuaderno primero, volvió á empezar la lectura, cada vez mas alterado, y llegado al término exclamó arrojándose en una silla:

—Hija de mi corazón, demos gracias á Dios que hoy ha manifestado con nosotros su inmensa misericordia.

La niña se precipitó llorando en sus brazos sin saber por que, viendo á su padre en aquel estado de agitacion, y don Antonio, calmado algun tanto, se dirigió á la suspensa doña Guadalupe para decirle:

—Antes de explicar á usted las razones que he tenido para trastornarme, debo parecer ridículo á sus ojos; pero escuche y verá que me sobra motivo. Al fallecimiento de mi hermano no recibí carta de su esposo de usted noticiándome la nueva fatal. Sin duda interceptaron nuestra correspondencia, pues tuve luego cartas tuyas con letras de varias cantidades realizadas que me remitía como á único heredero. Así lo creía yo, hasta que un sobrino nuestro exhibió una última disposicion, algo antigua, otorgada á su favor. Dudé acerca de la validez de dicho instrumento, pues el difunto solo tenía que agradecer al favorecido graves disgustos, entre ellos el robo de sumas importantes con que se fugó á los Estados-Unidos. Escribí á Méjico solicitando copia autorizada de la postrer voluntad de mi hermano, en ocasion que Vicente Mendía era ya muerto y usted se habia embarcado para España. A fuerza de averiguaciones, supe que el archivo del pueblo donde falleció Pedro fué incendiado en uno de los tumultos tan frecuentes en aquellos países, y no me quedó mas recurso que dar posesion de cuanto tenía al usurpador que lo reclamaba en forma. Aun mas: desde que mi hermano resolvió desheredar al ingrato á quien consideraba como hijo propio, me previno usára de sus bienes cual si fuesen comunes, y autorizado con este permiso dispuse de varias sumas, que fuí condenado á devolver como parte integrante de la herencia. Dentro de algunos días todo cuanto poseo hubiera sido poco á saciar la codicia de un pariente sin entrañas, y yo mismo deshonorado, y sujeto á un proceso infamante, me hubiera tenido por dichoso en no parar en un presidio.

—¡Qué dice usted! interrumpió doña Guadalupe.

—La verdad, señora, y nada mas. Pero ya se acabó el afán, y tú, hija, recobra la calma. Aquí tengo el último testamento de mi hermano para desvanecer todas las calumnias; nadie mas que yo es el propietario legítimo de sus bienes. Dios me los ha dado por un vaso de agua ofrecido con intencion sencilla; su providencia se ha valido de este pequeño móvil para realizar sus altos juicios. Carlitos no cayó sin disposicion del Altísimo; Con-

cha corrió en su ayuda impulsada por la mano de El que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza, y yo he venido aquí á buscar la honra, la tranquilidad y la dicha de mi familia, dirigido por la clemencia del que viste los lirios del valle con traje mas galano que lo estuvo Salomon en su mayor esplendor. Bendigamos su nombre tanto en la prosperidad como en la desventura.

Escuso decir que la suerte de la familia de Vicente Méndia cambio desde aquel momento. Carlos, restablecido en breve, fué colocado en casa de don Antonio, y cuando llegó su tiempo él y Conchita, hicieron una excelente pareja.

Si acaso en el curso de la vida sufrian algun contratiempo, despues de poner en práctica los medios mas propios para neutralizarle, recordaban el lance de la plaza de Oriente, y diciendo *hágase tu voluntad* esperaban tranquilos confiados en la sabiduría del Arbitro de nuestro destino, que todo lo encamina á la mayor ventura de los mortales.

DIONISIO CHAULIE.

CUENTOS DE ABUELA,

DEDICADOS

AL SEÑOR VIZCONDE DE SAN JAVIER.

JAEN.

II.

LA MANTILLA.

—¿Y no hay mas?...
—¡No hay mas, Bastian!

Ya se ha dormido.

—Abuelita,

¡Jesus que viento!

—El que tenga

Que cruzar ahora de prisa

La plaza...

—Otro cuento, Abuela.

—Va por ti, Valencianilla.

Érase el venir del alba

Y érase fiesta aquel dia.

Muchas damas y galanes

En son de broma y con risa,

Por la puerta de Barrera

Al río bajan de gira.

Ellos con sendas espadas

Y con dagas van muy ricas,

Que aunque á fiesta van, las armas

Eran entonces precisas.

Ellas á usanza mozárabe

Blancas tocas llevan finas,

Como la nieve rizadas

Y como la nieve limpias.

Dan nogales sombra á un prado

Del Guadalbullon á orillas

Y allí asienta sus reales

La cabalgata lucida.

Unos juegan á los dados,

Otros de amores platican,

Quienes cuidan los caballos,

Quienes cantan, cuales triscan,

Tales corren, tales beben,

Unos comen, otros guisan,

Y haciendo amor de las suyas,
Sin dejar la senda licita,
Raudas las horas cruzaban
Y la tarde se venia.
Por ocultar que se muere
El sol la frente cobija
Con velos de grana y oro
De verde y ópalo á cintas,
Cuando un peloton de moros
Que ha visto presa tan linda,
Alfange en mano se lanza
Desde una altura vecina.

—¿Y las damas...?

—Las protege

[La Virgen de la Capilla!
Ir hasta la muerte quieren
Antes que al harem cautivas;
Toman dagas y á los hombres
Ayudan como heroínas,
Y con tal brio combaten
En la dura alternativa,

Que salen sus blancas tocas
Regadas de sangre tibia.
Con el femenil refuerzo
Toman los moros la huida,
Mas ¡ay! dejando en el prado,
Que antes llenó la alegría,
Algunos bravos donceles
Y algunas hembras sin vida.
Es un númen la victoria
Que no se aplaca sin victimas,
Y á veces acaba en lágrimas
Lo que comenzara en risa.
En memoria del suceso,
Quizas cuento ó fantasia,
Y en honra de aquellas tocas
Con la sangre enrojecidas,
Llevan en Jaen las hembras
Colorada la mantilla.

A. ALMENDROS AGUILAR.

EL CONDE DE FLORIDABLANCA.

Este personaje se llamaba don José Moñino, y fué hijo de un escribano con familia numerosa y fortuna escasa. Desde posicion tan modesta llegó en fuerza de méritos y servicios á los primeros puestos del Estado. Su nacimiento fué el 21 de Octubre de 1728 en Murcia, y su muerte á fines de 1808 en Sevilla. Durante estos ochenta años hizo muy brillante carrera, y padeció grandes vicisitudes. En el célebre seminario de San Fulgencio de su ciudad nativa recibió casi toda la educacion literaria. A Madrid vino á ejercer la abogacia, y desde luego adquirió crédito notable en el foro, y así no se le llegaron á acabar los pocos recursos que le había podido facilitar su padre. Como primer empleo obtuvo el de fiscal del Consejo de Castilla: del insigne Campomanes fué así compañero mas de seis años.

Tres y medio se contaban ya de haber pedido los monarcas de la casa de Borbon á la Santa Sede que extinguiera el instituto de los jesuitas, cuando el rey Carlos III eligió á don José Moñino por su ministro en Roma, para seguir y terminar la negociacion importante con su reconocida inteligencia y su buen modo y trato, alternando los medios suaves y vigorosos, tal como lo requiriesen las disposiciones del papa. De unos y otros hubo de hacer uso discreto cerca de Clemente XIV con buen fruto: á los pocos meses encarriló el asunto á maravilla; y al año de su llegada á la ciudad eterna ya era hecho público la extincion del instituto de San Ignacio de Loyola. En

recompensa fué elevado á conde de Floridablanca, tomando el título de una posesion de sus mayores. No pequeña influencia tuvo en que el cardenal Angel Braschi ascendiera con el nombre de Pio VI al solio pontificio. Radicado en la carrera diplomática y lleno de consideraciones, á veces pensaba en solicitar un retiro honroso; pero de pronto se halló sorprendido á fines del año 1776 con el nombramiento para la primera secretaría del despacho de Estado.

Su ministerio formará siempre época en la historia de nuestra patria. Al punto atajó la discordia entre españoles y portugueses, con la ventaja de adquirir la colonia del Sacramento y las islas de Fernando Pó y Annobon, por entonces. De la guerra posterior con la Gran Bretaña sacamos la recuperacion de la isla de Menorca y la posesion plena del golfo mejicano. Tal renombre llegó á adquirir Cárlos III con su política exterior entre las naciones, que las mas poderosas de Europa le eligieron acordes por árbitro de sus disputas, con motivo de la cuestion ya antigua de Oriente, porque Floridablanca supo siempre ajustar sus actos á la rectitud severa y al carácter dignísimo de aquel gran monarca. Nuestras costas del Mediterráneo quedaron libres de las piraterías de los moros, por efecto de nuestras paces con las Regencias berberiscas; ventaja no alcanzada nunca, ni aun despues del memorable triunfo de Lepanto. A la par florecieron la agricultura, la industria y el comercio: obras públicas de utilidad y monumentales se hicieron muchas: grande impulso dióse á la enseñanza: todos los ramos del saber humano progresaron de una manera pasmosa: al mérito personal se abrieron sendas expeditas y regulares; y la regeneracion del país efectuábase á vista de ojo, con el espíritu público en juego, despues de haber yacido en triste y profundo letargo.

No es mucho que Cárlos III recomendára á su hijo Cárlos IV en el lecho de muerte que siempre conservára en su gracia al ministro, bajo cuya direccion patriótica y atinada iba todo en auge. Poco mas de tres años permaneci6 todavía en su puesto con repetidas amarguras. Tres sátiras se publicaron sucesivamente en su contra. Un Memorial y un papel de Observaciones escribió de resultas, para confundir á sus enemigos, de los cuales triunfó por entonces. Por el mes de Junio de 1790 le dió un aventurero francés en el palacio de Aranjuez dos puñaladas, afortunadamente no graves: muestras recibió á la sazón de la estimacion general en que le tenian los reyes y las clases todas. En 28 de Febrero de 1791 le condecoraba el rey con el Toison de Oro: al año cabal y de improviso le prescribia que saliera desterrado á Murcia: para emprender el viaje tuvo que pedir dinero prestado á su mayordomo Canosa.

Por sucesor tuvo en el ministerio al conde de Aranda, ya enemigo enconado, que dió calor á dos causas injustas, por las cuales Floridablanca vivió encarcelado algun tiempo en la ciudadela de Pamplona. Reconocida su inocencia y ya libre, se fué á vivir á Murcia en una celda del convento de franciscanos, dedicándose á obras de caridad y á ejercicios piadosos, y sin

pensamiento de volver á figurar en el mundo. Bastantes años despues lanzó Madrid el heróico grito del Dos de Mayo, al cual respondieron unísonas las provincias. En todas formáronse juntas, para dar vigor al levantamiento; y á la cabeza de la de Murcia fué colocado Floridablanca. Suyo fué el pensamiento que dió existencia á la Suprema Junta central de España é Indias, que se estableció en Aranjuez á continuacion de la primera campaña, que dió por fruto ser vencidos los franceses en Bailen y rechazados de Valencia y de Zaragoza. Allí no pudo hacer asiento, porque Napoleon vino en persona á restablecer la fortuna de sus armas. Entonces la Junta central se trasladó á Sevilla con Floridablanca en calidad de presidente. Su vejez achacosa no pudo con las fatigas del viaje, y el 30 de Diciembre descendió al sepulcro, sin desconfiar nunca de la salvacion de la patria. Honores se le hicieron de infante: enterrado está en el Panteon Real y debajo de la urna donde se venera el cuerpo de San Fernando: Murcia le erigió el año de 1849 una estatua: á merecer universal reputacion aspiró en vida; y su fama será perpétua.

A. F. DEL RIO.

MIS DESEOS.

Si Dios omnipotente me mandara
De sus dones tomar el que quisiera,
Ni el oro ni la plata le pidiera
Ni imperios ni coronas deseara.
Si un sublime talento me bastara
Para vivir feliz, yo le eligiera,
¡Mas cuántos sabios referir pudiera
A quien su misma ciencia costo cara!

Yo solo pido al Todopoderoso
Me conceda propicio estos tres dones
Con que vivir en paz y ser dichoso:
Un fiel amigo en todas ocasiones,
Un corazon sencillo y generoso
Y juicio que dirija mis acciones.

D. TOMAS IRIARTE.

SOBRE LA PRIMERA EDUCACION DE LA INFANCIA.

La imagen mas bella de vosotros, niños adorados, son las florecillas que brotan en los amenos verjeles durante la primavera; y la miel, que liban de su cáliz las abejas voladoras es la mas bella imagen de la educacion esmerada, que aprendereis bajo la férula de vuestros afectuosos genitores. El rocío nocturno que al rayar el alba dá brillo á las flores, es la mas bella imagen de las delicadezas y finuras, que la sociedad exige de los niños bien educados. Si en la edad adulta quereis ceñir la espada, seais siempre defensores de vuestra patria y de vuestro rey; y que vuestros conciudadanos pue-

dan mirar con orgullo vuestra noble divisa, exclamando: «Estos valientes son nuestros queridos hermanos, prontos á sacrificarlo todo, y tambien su vida, para dar lustre al trono, y para defender nuestros derechos y nuestra nacionalidad.» Si quereis dedicaros al foro, seais doctos y elocuentes juris consultos, pero siempre en abono de la justicia, y seais el apoyo del pobre y desvalido, para que el hombre prepotente y rico no le entristezca ni oprima. Si una vocacion muy decidida os llama á formar parte de los ministros del santuario, el desempeño de vuestras sagradas funciones no solo exige celo sino santidad. «La religion, niños adorados, decia un anciano muy sábio y verdadero católico, es la mejor almohada para descansar sin remordimientos;» y los buenos hábitos que se contraen en la infancia no es fácil ni hacedero borrarlos del fondo del alma.

La experiencia, niños míos, es propia de los años adultos; y vosotros necesitais un guia diligente y amoroso, que os eduque é inspire sentimientos virtuosos y benévolos. ¿Creeis, por ventura, que os sea posible encontrar á un institutor, que valga mas que vuestros padres? Obedecedles en todo, y no olvidad jamás, que la obstinacion y el capricho, defectos muy ordinarios de la infancia, crecen en términos, andando el tiempo, que llegan á dar al carácter del hombre el timbre del orgullo y de la perversidad. En los padres todo es amor y desinterés hácia los hijos, y sus caricias no son mas que la alegre y suave expansion de la ternura que abriga en su corazon por las prendas queridas de sus entrañas. El cuentecillo que voy á narraros, niños amados, os dará el mas claro y elocuente testimonio del amor paternal.

Un rey de Francia, jugando una tarde con los dos niños, que tenia, les llevaba á caballo sobre sus espaldas, echado á gatas: entró uno de sus gentiles hombres, y el buen monarca, sin cambiar de postura le preguntó que era lo que queria. «Señor, desea ver á V. M. el embajador inglés.—Muy bien: pero preguntale ante todo si tiene hijos pequeñitos: si te contesta que sí, que entre; si te responde negativamente, que aguarde hasta que yo le avise.» El embajador tenia niños, y entró al instante; pero viendo al rey en aquella postura, dió un paso atrás. «¿Qué hace usted dijo el monarca? ¿quiére acaso retirarse? Si usted es padre, como yo, no ignora ciertamente, que no hay placer igual ni que tanto satisfaga, como el de jugar cariñosamente con nuestros hijos pequeñitos.»

Una dama romana, de carácter vano y altivo, enseñó un dia, niños queridos, á una de sus amigas la multitud de alhajas que poseia; pero esta la dijo: «Yo tengo otras mejores, y son mis dos hijos.»

¡Qué delicadeza de afecto y que testimonio de amor y ternura encierran las palabras del monarca francés, y las muy cortas de la mujer á quien aludimos!

Escuchad ahora, niños adorados, lo que os digo. No creais en los duendes, en los espectros, en la aparicion de los muertos, ni en otras cosas por el mismo estilo. Nuestra religion santísima, es enemiga de todas esas supersticiones, y las condena, no solo por su falsedad, sino tambien, porque si se

apoderan de vuestros corazones, se connaturalizan en términos, que os quitan aquel valor y aquel arrojo, que bien dirigidos forman ciudadanos hábiles é ilustres.

En la Edad media, todos los príncipes tenían en su corte un bufon y un astrólogo: el primero les servia de juguete, y se le permitia decir todos los disparates y todas las impertinencias, que podian provocar la risa: el segundo desempeñaba un gran papel, porque se suponía que mirando á los astros podia adivinar la suerte futura de los hombres. Con efecto, tan luego como acababa de abrir los ojos á la luz del mundo un niño ó una niña, se llamaba al astrólogo á fin de que dijera el destino que esperaba á la nueva criatura. Un fraile muy docto, y que se mofaba de esas ridiculeces, dijo al astrólogo de un príncipe italiano, en cuya corte vivia á la sazón: «Ha nacido anoche en el palacio de nuestro príncipe un ser nuevo, ¿cuál será su suerte? El astrólogo consultó los astros y le dijo: «Padre, será un gran capitán. —Amigo, contestó el fraile, esto no es posible, porque el que ha nacido es un borriquito, y no he visto nunca ejércitos con capitanes semejantes.»

Un célebre astrólogo, que vivia en Milan el año de 1822, redactaba todos los años el calendario, atestado de vaticinios y profecías que nunca se realizaban. El astrólogo dictaba, y el amanuense era su hijo: un dia le dijo: escribe: «El dia 22 de marzo del año próximo habrá mucha nieve, relámpagos y truenos. —¿No sabe usted papá, que tiene mucho miedo mi mamá á los relámpagos y truenos?—Dices bien: bórralo todo, y vuelve á escribir: «El dia 22 de marzo será un hermoso dia con sol y hasta con calor.» Estos ejemplos son lo bastante, niños queridos, para daros á conocer lo que dan de sí los astrólogos, y su supuesta ciencia, siempre falaz y embustera. Yo pongo término á este artículo con recomendaros el santo temor de Dios, y á no olvidar jamás, que vuestros padres, que anhelan cada vez con mas afecto y ternura vuestro bien, representan en esta tierra al mismo Dios Eterno.

SALVADOR COSTANZO.

EL PRESAGIO.

(Conclusion).

No habia transcurrido mas que un dia desde la reunion bajo el emparra-do, y todo era luto y desolacion en esta residencia tan hospitalaria y tan alegre. Los ojos no veían nada sino á través de las lágrimas; no se oían mas que suspiros ahogados; luego el himno fúnebre, los pasos de aquellos que conducian bajo el paño mortuorio, á la que no debía volver á penetrar en aquella residencia.

Los padres siguieron hasta su última morada á su querida hija. El manto negro abrigaba bajo sus sombríos pliegues el dolor de la madre. ¡Bajo qué lúgubre aspecto se le presentaban las flores del jardín, el paisaje en otro tiempo tan risueño, visto á través de este manto, emblema de la sombra, que se habia interpuesto entre el corazón y la vida! Se admiraba de que el sol brillase todavía, de que los pájaros cantasen y de que las flores luciesen sus perfumadas corolas.

¡Ah! ¡Madre desventurada! El mundo contenia ayer la misma suma de dolores que hoy; el aire estaba tan recargado de adioses á los moribundos y de sollozos sobre los muertos; pero tú... ¿qué sabias tú? Hoy el mundo esterior se revela en ese manto negro.

Después de los funerales viene la vida; la vida dura, fria, inexorable, llama á la puerta del afligido. El mundo no puede escucharnos. La madre habria querido sepultarse en la tristeza.

Solo el padre Anselmo era fuerte. Tenia la irresistible autoridad de sus blancos cabellos, de su larga experiencia de las miserias terrestres. Llegó con aquel tierno y respetuoso silencio, que guardan todos lo que han sufrido delante del divino misterio del dolor. De tiempo en tiempo, arrojaba sobre las revueltas aguas, algunas palabras sueltas; semillas estériles en las horas de la angustia, pero destinadas á germinar después que las aguas se hubiesen retirado. Velaba cerca del alma entristecida, como una madre espía y espera la crisis que debe decidir de la vida y de la muerte de su hijo; porque sabia bien que los grandes dolores no nos dejan nunca lo mismo que nos han encontrado.

Tenia un fondo inagotable de paciencia para cada fase del dolor; sabia que el alma es al principio ciega, sorda y muda. No se intranquilizaba cuando el regreso á la vida traia espasmos y convulsiones morales. En todos los dolores supremos vienen horas de lucha, donde el alma gime, murmura y se subleva, en que negros y escépticos pensamientos perturban nuestros sentidos.

—¿Qué es lo que yo he aprendido mirando al mundo por medio de este odioso manto negro? decia la desconsolada madre al venerable sacerdote un día que salian juntos de una cabana, donde el ángel exterminador habia penetrado. Yo confiaba en Dios como en un padre indulgente. Fijándome en la luz de su bondad, la vida me parecia radiante; mas ahora no veo mas que su inflexible rigor. Antes de ahora, jamás habia sospechado las aflicciones y los lutos que encerraban estos contornos. ¡Cuántas familias han tenido que llorar algun dendo! No arriva del Callao algun piloto amigo que no me refiera un naufragio acompañado de las mas trágicas escenas. Esta mañana me ha dicho el capatáz de mis esclavos, que durante la ausencia de una pobre criolla lavandera, que salió de su rancho para tender la ropa blanca en la vega inmediata, se habia prendido fuego á su morada y habian sucumbido sus dos hijos envueltos entre las llamas. El otro día me dijeron que un jóven de catorce años, se habia ahogado en el Salto del Fraile, bañándose en pre-

sencia de su padre, que no pudo salvarle. Ayer he visto á la pobre cigarrera que vos conoceis: á fuerza de trabajo y de privaciones, educó un hijo dócil, hermoso, trabajador, inteligente, y hoy está atacado de la viruela y morirá, mientras que séres inútiles y miserables le sobrevivirán. Este manto negro, alumbrando cada vez mas mis ojos, agrega los pesares del mundo entero á los míos. ¿Cómo quereis que yo crea en el amor de Dios?

—Hija mia, respondió el misionero; yo no soy novicio en estas cosas. Yo tambien he perdido á los que amaba, yo tambien he atravesado senderos cubiertos de espinas. La voluntad del Señor ha querido probarme por medio de infinitas contrariedades. Cada cruz me parecia mas pesada que la precedente y entonces exclamé: «¡Todo, Dios mio, escepto esta agonía!» Y sin embargo, hoy que miro atrás, veo que no hay un mal que no haya engendrado un bien. Cada prueba domado un vicio, levantado un mal pliegue del alma, desatado una de sus ligaduras y abreviado el cumplimiento de un buen deseo. Dios me ha privado de los objetos de mis mas tiernas afecciones, me ha dado mas amor, mas resignacion y mas poder para consolar. ¡Cuántas veces no le he dado gracias por sufrimientos que en mi ministerio me han ayudado á sostener y á salvar á los que perecian!

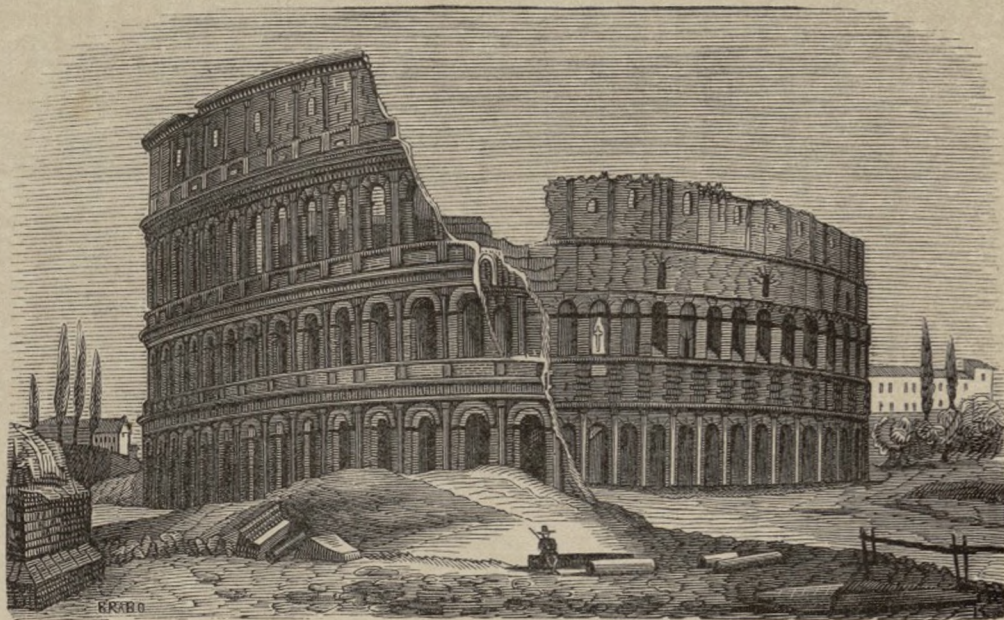
—¡Ah! interrumpió la madre, comprendo la apacibilidad de vuestro dolor ante los frutos que recogeis: Pero yo..... yo..... no soy por eso mejor de lo que era; estoy triste, pero no corregida.

—Tened paciencia con vos misma, hija mia; las lágrimas deben tener su curso natural. Todas las cosas no llegan á un tiempo. La prueba *presente* no trae consigo la alegría, pero la paz *viene en seguida*. Tened fé en el porvenir. Durante la tempestad no es cuando los pobres náufragos pueden recoger los restos de la nave que ha zozobrado, sino cuando las olas y los vientos se apaciguan; entonces sus tesoros vienen á la playa. ¿No habeis ya recogido algunos restos de vuestro gran naufragio? ¿El cariño que existia entre vos y vuestro marido, no es mas entrañable, mas profundo, desde vuestro comun dolor? ¿No amais á vuestras hijas con mas ternura? ¿No me deciais hace poco que tomábais parte en las aflicciones que visitan á las familias de estos contornos? ¡Valor, hija mia! ¡Este es un buen augurio! En otro tiempo, escuchando estas tristes relaciones, erais indiferente á las desgracias de los demás, y ahora pensais en ellas. Aprended de memoria el dolor del prójimo, y vuestro corazón será mas profundo. El ejemplo del Salvador nos demuestra que el sufrimiento es el camino de la perfeccion. Nuestro Padre celestial, es el Dios del Consuelo, ¡el Consolador supremo! todos los misterios están comprendidos en el misterio del dolor divino. Dios no se negó á sufrir. ¿Por qué nos hemos de negar nosotros?

La esperiencia confirmó la sabiduría de estas palabras. No hay tumba tan desnuda, que no reverdezca y se cubra de flores. El tiempo y su bálsamo saludable cicatrizaron las heridas de la familia de Rosa. A las lágrimas sucedieron los piadosos y tiernos recuerdos. La misteriosa influencia de los



FLOR DE LA INFANCIA.



Meta sudante. Vista exterior del Coliseo.

mueritos amados, es con frecuencia mas bendita y mas eficaz que las palabras de los vivos.

La madre fué en adelante la mejor amiga de los pobres. Muchos corazones se apoyaron en el suyo,

La familia ha desaparecido; no queda ningun vástago de ella, solo ha quedado la tradicion del *Manto negro*, cuya historia recuerdan los habitantes de aquellas cercanías siempre que se mira la finca derruida por un temblor de tierra, tan frecuentes en el Pacífico. Nadie ha querido reedificarla; nadie ha querido comprar al Estado aquel dilatado terreno, dócil al cultivo, ameno y frondoso, risueño y atractivo para la mirada del viajero.

I. A. BERMEJO.

EL COLISEO DE ROMA.

He ahí representada en nuestro grabado la magnífica ruina que mas puede interesar al filósofo, entre cuantas existen de los antiguos monumentos levantados por los pueblos, en su alternado tránsito sobre la faz del mundo. De su recinto se alzaron hasta el cielo las plegarias de multitud innumerable de mártires confesando su fé, entre las garras de las bestias feroces ó bajo la cuchilla del gladiador. Esos muros abarcan una tierra santificada con la sangre de los primeros que anunciaron al linaje humano la Buena nueva; en esas galerías resonó para el universo esclavizado la voz que proclamaba al siervo igual á su dueño ante la majestad de Dios, y las falsas deidades del Olimpo cayeron del pedestal que les forjó la impostura, recobrando el hombre su carácter augusto, cuando en uno y otro confin del imperio llegó á saberse que en el Anfiteatro romano la pudorosa doncella, el tierno niño y el guerrero curtido en cien batallas, daban su vida por no quemar incienso ante la imágen de Césares embrutecidos en el vicio.

De que tambien los niños tuvieron parte en el glorioso sacrificio, lo comprueba entre otros el hecho siguiente acaecido en el reinado de Domiciano.

Una matrona fué sentenciada como cristiana á ser devorada por las fieras. Se presentó en el circo conduciendo de la mano á un niño de corta edad y solicitó para él la compasion del pueblo. No hubo indulgencia. Las vestales, que disfrutaban derecho de vida ó muerte, decidieron que la madre y el hijo sufriesen igual destino. Era un dia de gran espectáculo. El pueblo-rey disfrutaba satisfecho el lleno de su cobarde ferocidad. Animales de toda especie aparecieron en la arena para luchar entre sí y cebarse en los inocentes opresos. La madre feliz, acometida por un tigre, estrechó á su hijo entre los brazos, le imprimió un beso en la mejilla y procuró cubrirle con su cuerpo.

—Madre mía, esclama el tierno niño ¿por qué me apartas de tí? No quieres dejarme solo cuando vas á subir al cielo.

Sus gritos atraieron el instinto carnívoro de una manada de hambrientos lobos, á tiempo que un poderoso elefante se interpone, coge á la pequeña víctima con su trompa y colocándola sobre el lomo presenta los agudos colmillos á los rapaces cuadrúpedos. Esta conducta escitó en sumo grado la ira de la multitud. En el instante los gladiadores arrancaron al ángel de su asilo para arrojarle como pasto á las embravecidas fieras.

No siempre fué teatro ese Coliseo de tan sublimes escenas. Muchas veces á los desgraciados prisioneros de guerra se les obligó á combatir unos contra otros. En ciertas ocasiones eran esclavos á quienes se amaestraba para ello. *¡Los que van á morir te saludan!* decían al desfilar antre los Césares; no acertando aquellos seres degenerados á formular una protesta contra la horrible tiranía para cuya diversion iban á servir de sangriento juego. Al considerar estos hechos, al tener presente que las tres partes del universo eran torpe menosprecio de la restante, la imaginación se aturde, y cubriendo con un velo la memoria de los héroes griegos y romanos, conoce la inmensa grandeza de la religion augusta que proscribió semejantes abominaciones.

El sitio donde se levantó el Coliseo era bajo Neron un lago artificial encerrado dentro del recinto de su Casa dorada, en el monte Palatino. Desecado el lago comenzó Vespasiano la construcción del Anfiteatro, que fué seguida por Tito, empleando en la obra quince mil de los cautivos hechos en la guerra judáica. Diez años tardó en concluirse, y las fiestas de su consagración duraron cien dias, muriendo en ellas cinco mil fieras y gran número de gladiadores.

Viené su nombre á este edificio porque cerca de allí se veia una estatua colosal de Neron, fundida en bronce, de ciento veinte piés de altura, que aquel emperador mandó colocar á la entrada de su palacio. Vespasiano la hizo sustituir con otra del Sol, cuyos rayos tenian veintidos pies.

La forma del Coliseo es elíptica. En la parte exterior presenta tres filas de ochenta arcos. Encima de la última fila se alza un muro dividido tambien por ochenta pilastras con una ventana en cada una de ellas. En la segunda galería habia veinte escaleras que conducian á las gradas inferiores, así como á la tercera fila de arcos. Lo interior presentaba el simple aspecto de cincuenta hileras de gradas divididas por cuatro grandes entradas y escaleras. Al pié de estas gradas habia un terrado llamado *Podium*, en el cual se colocaban asientos movibles. Estos sitios estaban reservados para el emperador y senadores, los magistrados y las vestales. Por último en medio se hallaba la *Arena*, que tenia este nombre á causa de la que allí se echaba para embeber la sangre de las víctimas y combatientes. El diámetro de la *Arena* era de 285 pies de longitud, por 182 de latitud. Esteriormente la circunferencia del Coliseo era de 1,681 piés y la altura de 157.

Continuando los romanos en su afición á las luchas de fieras, aun des-

pues de propagado el cristianismo, quiso la Iglesia impedirles estableciendo un *Via crucis* en el área del Anfiteatro; sin embargo, en 1332 se verificó en él un gran torneo y corridas de toros al estilo de España.

Este suntuoso edificio ha sufrido grandes destrozos, ya por causa de las invasiones, y mas que todo en razon de que los magnates romanos se creian autorizados á sacar de sus escombros materiales para sus palacios.

Los pontífices quisieron en varias ocasiones evitar este vandalismo, pero no se contuvo definitivamente hasta el siglo actual, en que Pío VII mandó hacer las obras necesarias de conservacion en esta preciosa reliquia de los tiempos antiguos. La reparacion se ha continuado desde entonces, y ya podemos juzgar de la belleza de aquel anfiteatro, capaz de contener mas de cien mil personas sentadas y guarecidas del sol, pues en las fiestas solemnes se cubria con un gran toldo sostenido por medio de cuerdas y poleas.

La *Meta sudante*, son restos de una gran fuente situada cerca de la casa de Séneca, á la entrada del Circo, donde acudian á lavarse despues del combate los atletas y gladiadores.

DIONISIO CHAULIE.

FLORESTA COMICA.

Tenia una santa vieja

En su compañía un nieto

A quien grande amor tenia.

Sucedió, que cierto deudo

Murió, dejando á los dos

Por únicos herederos,

Y que en los dos se partiesen

Las alhajas por entero.

Quedóse de nones un

San Miguel de marfil bello,

Con un demonio á los piés

De oro macizo, y queriendo

Repartir aquella alhaja

Los albaceas, plañendo

Dijo la vieja:—Señores,

Yo con lo peor me contento;

Quede conmigo el demonio,

Y lleve el ángel mi nieto.

D. JUAN DE MATOS FRAGOSO: *La devoción del Angel de la Guarda*: J. I.

LECCIONES DADAS A LOS HOMBRES POR LOS ANIMALES.

El deber es superior á todo, y es preciso llenarlo antes de pensar en lo que nos es personal. Una historia de un perro nos ofrece con este motivo una interesante leccion.

Un habitante de la ciudad de Londres iba un dia á su casa de campo

acompañado de su perro César. Notó en el camino que llevaba en el bolsillo una llave de que tendrían necesidad durante su ausencia. Su perro estaba acostumbrado á llevar cosas en la boca, de modo que creyó poderle confiar aquella llave para que la volviese á su casa. El perro partió en efecto rápidamente con su mensaje y volvió en seguida á encontrar á su amo; empero éste notó que el animal se habia batido y tenia ensangrentada la cabeza. Por la noche, al volver á su casa, supo lo sucedido. Al pasar el perro con la llave por delante de la casa de un carpintero, fué atacado violentamente por el perro de éste; pero fiel á su deber, no soltó la llave para defenderse, recibiendo muchos mordiscos al huir siempre hácia la casa de su amo, donde al fin cumplió su mision. En seguida al volver, se detuvo ante la casa del carpintero, y aguardó á su adversario: cuando vió á éste presentarse, se lanzó contra él para castigarle, y despues de una vigorosa lucha, le dejó en el sitio fuera de combate.

El respeto, los cuidados, las consideraciones, las atenciones para la ancianidad son deberes tan naturales, de que los mismos animales nos dan tambien á veces ejemplo.

Cuenta Mr. de Bonsanelle, capitán de caballería, que un caballo viejo perteneciente á uno de los soldados de su compañía, se puso enfermo hasta tal punto, de no poder mascar la cebada ni la paja, y fué alimentado durante dos meses por dos potros, entre los cuales se hallaba colocado en la cuadra. Aquellos dos caballos cogian la cebada del pesebre, la trituraban en su propia boca, y la colocaban así preparada delante del caballo viejo. Lo mismo hacian con la paja, y sostuvieron de esta manera todo el tiempo que pudieron la existencia de su venerable vecino.

¿Qué criatura humana no seria admirada y recompensada por un rasgo tal de abnegacion y de fidelidad como el que vamos á referir? Sin embargo, un pobre animal fué el héroe de ella.

Un pastor que vivía en los valles que cortan las montañas de la Escocia, yendo á hacer una escursión para visitar sus ganados, llevó consigo un niño de edad de tres años. Esta costumbre es bastante frecuente entre los montañeses, que habitúan así desde muy temprano á sus hijos á sufrir los rigores del clima. Despues de haber atravesado muchas tierras acompañado de su perro, quiso trepar por una peña escarpada, desde donde su vista podria abarcar mas grande estension de terreno; pero como el niño no hubiera podido seguirle, le dejó al pié de la roca en un rellanito, prohibiéndole espresamente que se separase de aquel sitio antes de su vuelta. Sin embargo, apenas habia llegado á la cima de la roca, cuando se oscureció el horizonte por una de esas espesas tinieblas que bajan algunas veces rápidamente sobre las montañas, y hacen seguir en pocos minutos las tinieblas á la luz. Apresuróse entonces el padre á retroceder para buscar á su hijo; pero extraviado, ya por la oscuridad, ya por la turbacion en que se hallaba, equivocó el camino para bajar. Despues de investigaciones y pesquisas de muchas horas, notó al fin que habia llegado á la entrada del valle cerca de su cabaña.

Hubiera sido tan inútil como peligroso renovar sus pesquisas durante la noche: entró, pues, en su casa con el corazón traspasado de dolor, por haber perdido á su hijo, y no viendo ni notando en su desesperación que también había perdido á su fiel perro.

A la mañana siguiente, al amanecer, aquel desgraciado pastor se puso inmediatamente á buscar al niño por todas partes, asistido de muchos vecinos; pero pasóse el día en vanas fatigas, y la noche volvió á forzarle á bajar de las montañas sin haber descubierto nada. Sin embargo, al volver á su cabaña supo que durante sus indagaciones su perro había aparecido, pero que había vuelto á huir inmediatamente llevándose un pedazo de pan que le habían dado. Durante muchos días el pastor, muerto de dolor, continuó las mismas pesquisas, pero siempre en vano; y todas las noches encontraba al volver que el perro había regresado y desaparecido con el alimento que le daban. Chocóle la singularidad de esta circunstancia; permaneció un día en casa, y en el momento que el perro, según su costumbre, echaba á correr con el pedazo de pan, resolvió seguirle á fin de averiguar la causa de aquella extraña conducta.

Se dirigió el perro hacia una catarata ó cascada que estaba á alguna distancia del sitio donde el pastor había dejado á su hijo. Las orillas de la cascada, aunque muy unidas y próximas al lugar de la caída del agua, hallábanse, sin embargo, separadas por un abismo de una inmensa profundidad, y presentaban uno de esos cuadros que tan frecuentemente asombran al viajero en las montañas de la Escocia. No vaciló el perro en bajar al pié de la roca por un camino casi perpendicular y de pronto desapareció entrando en una caverna cuya abertura se hallaba casi al nivel del torrente.

El pastor le siguió con mucha dificultad; pero júzguese de su emoción cuando al llegar á la entrada de la caverna descubrió á su pobre hijo tomando con ansia y avidez el pedazo de pan que el perro acababa de darle, en tanto que su fiel animal con los ojos clavados, fijos sobre su joven protegido, lo miraba con satisfaccion, ternura y complacencia.

Pareció evidente que el niño, habiéndose acercado á las orillas del precipicio, había caído rodando, felizmente sin hacerse daño, hasta la caverna; el perro había seguido su pista y había impedido muriese de hambre, trayéndole todos los días una parte de su propio alimento. Durante todo aquel tiempo no se había separado de él ni de día ni de noche sino para ir á buscar su subsistencia, lo que hacía con la mayor rapidez posible, por lo que se le veía pasar y repasar con la mayor priesa.

Pues que los animales nos ofrecen así á la vez las lecciones mas interesantes de moral y bondad, es preciso no sorprenderse si debemos también á sus indicaciones, dadas por el instinto, muchos descubrimientos importantes y el establecimiento de usos útiles.

Así, por ejemplo, parece, y al menos la historia de la medicina lo atestigua, que los animales nos han enseñado á conocer el uso de muchos remedios. El naturalista Elieue afirma que el uso del emético fué indicado á los

egipcios por el vomitivo que el perro se prepara con el diente de perro. Aquel pueblo observador, si hemos de creer á Ciceron, aprendió tambien el uso de la sangría del hipopótamo, que dicen, que cuando se encuentra demasiado pletórico ó lleno de sangre, se rompe alguna vena, restregándose contra una caña o refregándose contra alguna roca. El buen efecto de la saliva para cicatrizar las úlceras ha sido enseñado por los perros, que lamen sus heridas. Muchos observadores cuentan que los carneros que tienen gusanos en el hígado, lamen piedras saladas, y otros animales hidrópicos comen por instinto tierras ferruginosas.

Aun las propiedades de las plantas medicinales parece no han sido enseñadas en un principio sino por los animales. Segun Plutarco, Ciceron, Virgilio y otros antiguos, los ciervos y las cabras silvestres de Creta enseñaron los primeros el uso del dictomo y de las vulnerarias. Es una tradicion general en la India que el mangonsto sabe garantirse ó preservarse del veneno de la serpiente noya ó de anteojos por medio de la raiz de una planta llamada ophiiovohiza-mungos. Se ha dicho tambien que los *belettes* se defendian del veneno de los áspides por medio de la ruda, y las cigüeñas con el oriyam; que los jabalíes curaban sus llagas con la yedra; que el oso en la primavera recobra el apetito, sea con el arsum que le purga, sea devorando hormigas. Los ciervos nos han enseñado á comer los cardos y las alcachofas. Es cierto que los gatos y otros animales carnívoros se ponen á dieta y beben agua cuando están enfermos. Se han visto monos de la América, y micos de Guayana en sus bosques, aplicar ciertas hojas astringentes y aromáticas mascadas sobre las heridas que les habian causado las flechas de los salvajes, y restañar su sangre con la goma de los árboles.

Cualquiera que sea la exactitud de todos estos hechos contados por los antiguos y los modernos, al menos está muy probado que el Autor de la naturaleza, no abandona á sus mas débiles criaturas, suministrándoles los medios de garantirse de los males de que puedan ser atacadas. Cuando se ve los menores insectos, al salir del huevecillo y sin guia sobre la tierra, descubrir precisamente la planta que mas les conviene y buscar el alimento oculto en el fondo de una flor; cuando se ve á ciertos insectos trasportados lejos de un país con las mercancías, buscar, á falta del vegetal que naturalmente les está destinado, vegetales del mismo genero ó de la misma familia ó análoga, y reconocerlo como el botánico mas experimentado, ¿podremos dudar que los hombres no han desdeñado para su instruccion los indicios dados por tan maravilloso instinto?

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

MAXIMA. Cada uno tiene su carga, cada uno tiene sus defectos, nadie se basta á sí mismo; ni es bastante para sí mismo; debemos, pues, sufrirnlos, consolarnos, ayudarnos, é instruirnos mutuamente.—*Imitacion de J. C.*